

## ¿ SABEMOS QUÉ ES LA EDUCACIÓN FÍSICA ?

ANTONIO JESUS RUIZ MUNUERA

Artículo Publicado en “Cuadernos de Educación Física y Deportes”, Federación Española de Asociaciones de Docentes de Educación Física (FEADEF) 2000.

La educación física, esa gran desconocida, es un personaje novelesco al que se le puso nombre, del que todos hablan, conocen, escriben y hasta discuten, pero al que todos -hasta los más versados- agradecerían ver algún día definido con propiedad. Como un fenómeno paranormal, la educación física (sin mayúsculas) es el O.P.N.I. del currículo planetario, el “objeto pedagógico no identificado”; con suerte, a lo sumo será el cometa a quién todos vemos la cola – lo corporal-, el resplandor de un conocimiento físico-motriz que atraviesa el espacio escolar y con el que algunos –los más cultivados- dicen haber sido iluminados para el bien de la hermandad físico-motriz..

Gestar una definición que resuma en unas palabras un referente tan imprecisado aún por teóricos de la materia (de la “cosa”), podría llevarnos a una trampa conceptual ciertamente peligrosa. Pese a todo y a esas limitaciones, se aprecian en “ella” ciertos rasgos de realidad comunes, identificados en una gran variedad de las definiciones o interpretaciones que planean sobre ese universo: educación física es cultura, motricidad, corporeidad, ideología, instrumento, es fin y es medio.

De “ella” podríamos decir que es la respuesta del sistema educativo a la demanda generada por los elementos de la cultura física de un estado temporal, variable siempre en relación a las funciones que le han sido socialmente asignadas: es el producto resultante de los principios y modas de vida emanados de la época donde gravita. Forma parte del uso social del cuerpo: le da un estatus, un simbolismo y, como todo fenómeno social, la EF tiene bases materiales, económicas y políticas.

Como objeto formante del orden cultural, el cuerpo –del que no existe una idea neutra- es amparado por varias instituciones, entre ellas la educativa, y su destino (la socialización) será llevado de la mano de la EF.

Aún con su especificidad propia, la EF es siempre educación ; como tal, lleva necesariamente asociada una intervención sobre la que previamente habremos reflexionado, encaminada hacia una finalidad concreta (o la presunción de la misma) en función de una filosofía educativa puntual. La EF supone asumir valores, actitudes, predisposiciones, tendencias con respecto al cuerpo y a la conducta motriz. Está mediatizada por unos principios ideológicos e implica la

asunción de una postura, la identificación con un modelo educativo y, por qué no, con una forma de vida.

*“ Toda práctica educativa se sumerge en un sistema de valores que sus fines le asignan”*  
(PARLEBAS, P.)

Actualmente, la educación –física o no- tiende a desarrollar en el niño/a unos “aprendizajes significativos” que lo adecuen a su entorno, dotándole de un vínculo utilitario para su socialización. Así entendida, podríamos decir que las instituciones educativas se ocupan del cuerpo en función de su productividad, de una cierta preparación de “espíritu deportivo” para la competición social venidera.

Por suerte o desgracia, el deporte es la forma más común de entender la actividad física en nuestro contexto social y cultural; en ese entendimiento, la EF se manifiesta conforme a sus exigencias, “*deportivizando*” sus contenidos al ser incapaz de ofrecer resistencia a la fuerza social del fenómeno deportivo. Así las cosas, con demasiada frecuencia encontramos en las clases el mismo espíritu, los mismos criterios, la misma moral y tendencias de una estructura deportiva finalista, que obvia el “durante” (el proceso) para buscar el “qué” (el resultado).

El deporte, en su expresión más común (o tal vez vulgar) condensa los rasgos típicos de las categorías y estructuras de los procesos de producción. Aún siendo promovido con una función de integración social, no deja de constituir un instrumento político disfrazado en un atuendo de originalidad cultural. Alimentado institucionalmente por los Estados, el deporte se presenta como una expresión de “cultura”. Frente a él –o de forma paralela- la educación física debería ser la herramienta de la “contracultura”.

Con una deportivización curricular, la clase de educación física planteada en términos competitivos transformaría el cuerpo en un sistema cerrado, excluyendo deseos, iniciativas y fantasías. Instaurando los valores de lo positivo, lo mensurable, se llega a una moral de la cuantía y la eficiencia motriz. La educación física así orientada sólo consigue hacer ver al alumnado su torpeza para una habilidad determinada, aborreciendo lo que, enfocado de otra forma (de las muchas posibles), podría llegar a ser atrayente y gratificante.

La enseñanza modelada del movimiento lleva al niñ@ a construir en su mente una idea de prototipo físico-deportivo que en la mayoría de los casos no coincide con la percepción que tiene de sí mism@, la que ve o la que se le hace ver.

*“ El deporte es la poesía de la jerarquía”*  
(BROMM, J.M. 1978)

La intención perfeccionista con la que se plantea la educación física deportivizada marca el fin de la creatividad, de la diversión; aparece la educación técnica del cuerpo, el olvido, e incluso la ridiculización de los gestos improductivos, en una relación instrumental con la motricidad.

Auspiciada por este orden –que no armonía- , la pedagogía física se inviste de una armadura moral con fines de prevención social: el deporte inculca

el respeto a la jerarquía legalmente establecida, y el educador se presenta como un forjador-templador del carácter del alumnado, dibujando una estampa del deporte que lo definiría como “el orden moral a través del músculo”.

Por otro lado, y aún cuando las directrices actuales comandadas desde las autoridades educativas en nuestro país indican que la educación motriz no puede reducirse a la de los aspectos perceptivos o motrices, sino que ha de implicar además aspectos expresivos, comunicativos, afectivos y cognoscitivos, la realidad es que la EF reconoce el movimiento físico como el eje de su acción educativa; en este línea, los contenidos de la materia, llevados a un contexto real, se abordan con una clara tendencia al dinamismo. Así entendido, nuestro currículo podría pecar de un cierto sectarismo corporal: si se trabaja con exclusividad sobre el alumn@ que se mueve, se hace sólo sobre una parte de él. La inactividad y la inmovilidad no son consideradas educativas.

*“Si el hombre tiene millones de posibilidades mecánicas de moverse, sobre todo mil razones vitales y culturales, tiene otras tantas para permanecer inmóvil”*

(LAGARDERO, 1989)

Una característica ampliamente reconocida en las distintas tendencias actuales de la EF parece ser la necesidad de que ésta actúe (interactúe) con otras áreas educativas de forma interdisciplinar, conjugando un objetivo común: la formación integral del individuo.

Pero llegados aquí, el acercamiento a las tradicionales disciplinas educativas, a aquellas que cuentan con un mayor reconocimiento curricular, la EF corre el riesgo de “contaminarse” de sus ventajas, pero también de sus inconvenientes; en busca de un estatuto propio dentro del territorio académico, la EF persigue una cierta igualación: aumenta la exigencia normativa, el desequilibrio hacia el conocimiento conceptual en detrimento de la vivencia corporal, en la malentendida creencia de que estos cambios darán a la olvidada EF un “nivel” equiparable al de cualquier otra asignatura.

El resultado es que la clase de EF podría vulgarizarse de tal modo que llegase no sólo a ser igualada con la desidiosa actitud que otras materias provocan en el alumnado, sino aún incluso superada por una copia inoportuna de tan machacosa metodología. Llevada al terreno de la exigencia, la EF no hace sino cambiar el pupitre por el plinto, sustituir el aprendizaje repetitivo de las conjugaciones verbales por la memorización de los gestos motrices, intentando una vana racionalización del cuerpo.

En la sociedad actual se da un valor extremo a los argumentos lógicos y científicos, los cuales predominan sobre las sensibilidades individuales; la tendencia a la intelectualización de la EF, la tecnificación y la derivación hacia una materia con pleno rigor científico parece olvidar la vivencia de lo físico. Disciplinas especializadas en una vertiente del movimiento, como la praxeología motriz, intentan estudiar analíticamente la actividad física y las conductas motrices; establecen una dicotomía entre conocimiento teórico y práctico de la EF. Paradójicamente, en una educación que aboga por tendencias globales, la EF se vuelve academicista en su obsesivo afán de rigor científico.

*“Aparecen hombres con ideas en lugar de piernas, una clase de ciempiés intelectuales que parecen deslizarse sobre todo el cuerpo de usted” (THOREAU, 1949)*

Esto implica, en el orden definitorio de la ciencia, que la EF se hace susceptible de medida, cuantificable; aparece con denodada insistencia el examen, intentando controlar todas las variables del experimento. Dentro de una idea positivista de la educación, el cuerpo puede ser clasificado en función de su aptitud; el alumnado, como respuesta, desarrolla actitudes instrumentales hacia las pruebas objetivas: aprobar el examen se convierte en la principal preocupación, y el valor del contenido pasa a ser algo secundario.

Esta corriente cientifista parece haber redescubierto la EF, y con ella la originalidad de un hecho tan omnipresente como atemporal: el juego. Buscan complejas sistematizaciones de lo lúdico, ordenado de múltiples y a cual más compleja forma: según las redes de comunicación que forman, en virtud de los roles socio-motrices que generen, dependiendo de la variedad de estructuras motrices que pongan en acción... Nuestro patrimonio lúdico-motor es suficientemente rico para no necesitar de reinventiones grandilocuentes. En esa “revolución”, quienes empujan sudorosos tales corrientes renovadoras ganarían en tiempo y humildad si observasen su entorno; el juego tradicional, el primigenio, no consiste en salir al paso de una necesidad impuesta, no es una respuesta a una metodología educativa, no es un movimiento forzado, sino espontáneo y desinteresado.

*“... de intención superflua, el impredecible apetito del juego..”  
(ORTEGA Y GASSET)*

El juego natural tiene una “lógica interna” desprendida del contexto social en el que se desarrolla, representando, en cierta forma, un pequeño testimonio cultural de los pueblos; la EF, por su singularidad, está en disposición de acercar la enseñanza a un contexto real, rompiendo, en parte, la “domesticación” del conocimiento. Así entendido, el juego no es un medio de la EF: es la EF. El alumnado no busca objetivos praxeológicos, no precisa taxonomías de juegos, sólo necesita el placer de jugar.

El juego necesita un movimiento defensivo frente a la invasión de que es objeto por parte del deporte y de las actividades motrices institucionalizadas, un pequeño reducto que salvaguarde sus valores lúdicos por encima de cualquier otra consideración.

Habría que procurarle a la EF una evolución más tendente al ocio que al trabajo, a lo creativo que a lo utilitario, a lo placentero que a lo soportable.

*“La técnica, por su rigidez, es la experiencia despersonalizada, transmitida y capitalizada, el acto desprovisto de motivaciones”  
(FAURE, 1984)*

